



## EN TORNO A DON ISIDRO FABELA

POR RAFAEL SÁNCHEZ DE OCAÑA,  
*(abogado, escritor y periodista español)*

En los comienzos de la República, al regresar Sócrates del Piréo, donde había asistido a una procesión en honor de Palas, se detiene en la morada de Céfalo, anciano amable, que le acoge con sencillez. El filósofo que sembrara sus enseñanzas en las empinadas calles de la ciudad luminosa, de los mirtos y las violetas, curioso siempre, pregunta: Siendo la vejez un camino, que probablemente hemos de recorrer todos ¿qué opinas de ella? El huésped, hace elogio de la edad en que se halla; las pasiones se aquietan, la furia de los sentidos merma en bríos, el juicio gana en claridad y la indulgencia se derrama sobre seres y cosas. Así viene a decir el maestro, si nuestra memoria no falla y bien pudiera, que el tiempo muerde en ella. Al menos es nuestra interpretación. ¿A esto han de reducirse sus goces? Pudiéramos imaginar otros. La delección de contemplar, ya cercanos a la frontera del misterio, las huellas de nuestros pasos y los frutos, que a sus lados dejamos caer: libros y palabras, justicias reclamadas y deberes cumplidos. Cierto que a pocos es dado lanzar una mirada sobre lo que fue, sin temor y sí con orgullo, de no vedarlo la modestia. Hemos sufrido y gozado, hecho algún bien y algún mal. ¿Quién no tiene mucho de que arrepentirse? ¿Quién no un poco de que alabarse? Hablamos por personal experiencia. Fuera de ella, nos complace reconocer, que pese a la avaricia de la vida, en producir hombres que la ennoblezcan, sí los hay. Rumbo a San Angel, envuelta en la magnificencia del paisaje y quedos rumores de historia, nos encontramos con una casa señorial: al trasponer los umbrales, a don Isidro Fabela.

Es todo un hombre y a la vez varios, sin que lo diverso de su talento, implique contradicción, por fundirse en perfecta armonía. A sus cualidades intelectuales y morales, de elevado rango, únense la más exquisita sensibilidad y un fondo inagotable de lirismo, conservado a lo largo de la jornada. Ejemplo, su obra *Prosas*, de inspiración juvenil y que poesías son. ¡Qué delicado elogio del dolor, palpita en sus páginas! Es de suponer, que en aquella su edad, sólo hubiese trabado conocimiento, con ligeros y fugaces pesares. Por su natural generoso, ya que siente sufrimientos propios, imagina los ajenos y se emociona. Si el tiempo permitiese bogar contra él y la discreción lo autorizase, con timidez, nos asombraríamos a un hogar mexicano, de fines del siglo que se fue, no sin nostalgia y nos encontraríamos a un niño. No nos interesan sus juegos; los de todos. Ni sus travesuras, también las nuestras; sí los libros que leía. Entre ellos hubo uno, en el que aprendió a hablar y a escribir, a pensar y soñar: *Don Quijote de la Mancha*. Preciosa confidencia, conque el propio Fabela nos regala, en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua; más que rito de cortesía literaria, un espléndido ensayo, henchido de ideas originales y atisbos sagaces, engarzados en primores de estilo, sobre las andanzas del Caballero de la Triste Figura. Sin olvido, reverencia sí, del leal escudero y de Rocinante y el rucio, que al participar del aliento de la creación cervantina, se humanizan y nos conmueven. Este libro, Biblia de humana generosidad y nobles locuras, río de inagotable humor, a veces ensombrecido por nieblas de tristeza desgarradora, fue su maestro; compañero siempre. En todos los momentos, en que, en el oculto escenario de su conciencia, pugnaban el interés y el desprendimiento, la justicia con la iniquidad, la cobardía y el arrojo, la sombra protectora del amante de Dulcinea, le tendió la mano y estrechó la suya, para felicitarle, como se hace con un viejo amigo. Bien lo merecía.

El licenciado y doctor don Isidro Fabela —¿no son necesarios los títulos académicos?— parecía haber nacido para gozar del sosiego, propicio al cultivo de las letras y dedicarse a la enseñanza universitaria, de doctas disciplinas jurídicas, en las que alboreaba su maestría. A los abogados nos amamantó la Loba Romana, en verdad no de la misma sangre del Hermano Lobo, imaginado por Francisco de Asis, en los vuelos místicos de su imaginación de poeta. Los Labradores del Lacio, luego invencibles guerreros, ade-

más de a los hombres, esclavizaron las cosas, amurallándolas dentro de férreas leyes, para justificar el "ius abutendi".

Nuestro amigo, por un esfuerzo de su inteligencia y muchos saberes, se emancipó de seculares prejuicios y del derecho tradicional, llegó al derecho justo. ¿Cómo no defender a la Revolución Mexicana? Ella afirmó la supremacía de los intereses colectivos, en cuestión de tierras y de trabajo, respetando los derechos individuales; sin éstos, el hombre pierde la altivez de su condición, las facultades creadoras se empobrecen, en lo que atañe al espíritu y al final mueren. Desde la tribuna parlamentaria y la prensa, lucha en favor de los principios innovadores de nuestra vida civil, arraigados en los códigos y las costumbres. Quien con tantos bríos se batiera por la independencia de su Patria, dentro de sus fronteras y fuera de ellas, con la palabra y la pluma, también se interesa por la suerte de las ajenas, para gobernarse a sí mismas. Ya es una autoridad en Derecho Internacional, mediante tratados y libros, que por clásicos se tienen en las inseguras y movedizas arenas de las concordias y discordias entre los pueblos. En sus doctrinas se refleja la grandeza del pensamiento estoico, ennoblecido por unas tiernas palabras, que a manera de sermón, se lanzaron hace siglos desde una montaña. Sin olvido de los sueños de paz perpetua a que se abandonara un hombre, la razón hecha carne, que eso fue Manuel Kant.

\* \* \*

Nombrado representante de México en la Liga de las Naciones, su voz generosa aboga por la causa de la República Española, en medio de la cínica agresividad de unos, la cobardía de otros y la indiferencia de los más. Con una gloriosa excepción: los fusiles fabricados por obreros mexicanos, contribuyeron a la defensa de Madrid. Señalamos un caso, que invitó a meditación y respeto inspira. Don Isidro Fabela, es dechado de mexicanidad y hace honor a su pueblo, del que fue símbolo de la conciencia humana, en un momento en que luchaban los fueros del espíritu contra la fuerza bruta. No obstante su insobornable patriotismo ¿acaso por ello defendió los derechos de España, con la pasión y la tenacidad, de un hombre de la meseta castellana, de un indígena ibero. Y es, que el amor y la justicia no son como el oro? ¿Quién dice que dismi-

nuyen repartidos? La respuesta no es dudosa, Preguntemos a él y al general Cárdenas. La República se hundió, pero el imperativo del deber y el heroísmo de sus improvisados combatientes, quedará flotando en el recuerdo de las generaciones. Insistimos en que don Isidro Fabela, es un mexicano ejemplar. Por ello el licenciado don Adolfo López Mateos, hoy Presidente Electo, con un gesto tan justiciero como elegante, públicamente le otorgó su voto, para la suprema magistratura.

Los viajes con fines de tratos y embajadas, le fuerzan deleitosamente a recorrer otras tierras, que el mundo de las ideas, ya le era conocido, al través de los libros. Allí por donde pasa, la mirada alerta, sensible, curiosa, rinde tributo a las seducciones de la naturaleza, siempre joven y a los pueblos y ciudades, en los que las huellas del tiempo, dejan surcos de misterio y poesía. La diversidad, es la sirena que nos atrae de manera irresistible; afirmándonos en lo nuestro, por la sangre y la tradición, nos ofrece lo que no lo es y nos invita a admirarlo. Confesemos, que la existencia, caso de tener finalidad, la ignoramos. La pobre criatura, desamparada y débil frente al Universo, es una frágil caña: una caña que piensa, diría Pascal. Tal es nuestra pequeñez y grandeza. Acaso del inmenso y doloroso esfuerzo, realizado por nuestros antepasados, desde que se pusieron de pie, se desprendan algunos mensajes: el ansia de verdad, afán de justicia y anhelo de belleza. A don Isidro Fabela, por Humanista, ninguno le es ajeno. En lo que a sus inquietudes estéticas concierne, nos place recordar, un magistral ensayo sobre Rubens, el pintor de la vida flamenca, ensombrecida a ráfagas, por los rencores religiosos y la furia de los Tercios castellanos. El gran artista, exalta los desnudos de mujeres rubias, de azulados ojos, carnes pingües y blancas, de sana sensualidad, fronteriza de lo animal. Ello no le impide la amistad y protección del rey don Felipe, "nadie más cortesano ni pulido", turbado por brotes de misticismo y temblores de arrepentimiento, que contempla con desmayo el ocaso de su imperio. Mas los españoles, al entregarse al eterno femenino, con el pincel al menos, no olvidan la gracia del cuerpo ni las proporciones clásicas, que como suave y tardío resplandor de la Hélade, llegó hasta ellos. La Venus del Espejo y la Maja Desnuda, hacen fe.

Un diablillo, que con frecuencia nos aconseja para burlarse —¿por qué no Puck?—, esta vez acierta y al oído nos dice: Des-

cortesía fuera hurtar el espacio, a quienes tienen mayores títulos, para ofrecer testimonio de admiración y amistad, a don Isidro Fabela, al cumplirse el medio siglo de recibir honores académicos, devueltos con largueza. Hemos de terminar con una afirmación audaz; es probable que mueva a protestas y suscite enojos. Si posible fuera, que no lo es, dejar por momentos y de lado, su obra literaria, nos gustaría despedirnos de él, en su calidad de juez. Lo fue de elevada jerarquía, como gobernador de su Estado, ministro de la Corte Internacional de Justicia en La Haya y en su misma vida privada, que sin querer, jueces somos. Ahora diremos en voz baja, para que él sólo nos oiga y con esperanza de perdón. Don Isidro Fabela; en sus manos, se ha torcido más de una vez, la vara de la justicia. Confiéselo. . . “No bajo el peso de la dádiva o recompensa, sino de la misericordia”. Es un secreto que juro guardar.